

DIFUSIÓN COMO CONTACTO CULTURAL EN ARQUEOLOGÍA

ENRIQUE CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES

«Cierto es que la difusión cultural es mucho más extensiva de lo que se creía hace incluso pocas décadas. Por ello, un cambio cultural no es nunca recepción pasiva sino asimilación activa en el sistema abierto de la cultura».

L. von Bertalanffy, *Las culturas en cuanto sistemas: Spengler y más allá de Spengler* (1971)

Un mecanismo usado con frecuencia en Arqueología para explicar ciertos fenómenos de similitud formal más o menos sincrónicos ha sido la **difusión**. Hasta hace pocas décadas cualquier modificación observada a través de la cultura material en el seno de una cultura era síntoma evidente de que se habían instalado en sus límites individuos con su correspondiente cultura material, procedentes de un área más o menos vecina. Difusión era la fuente de inspiración de patrones de cambio, y prácticamente desde fines del s. XIX y principios del XX con E. Schmith, G. Kossinna, Childe y otros, todos los arqueólogos se han servido de este fenómeno para explicar las similitudes formales halladas en los datos arqueológicos. Al llegar la década de los años 20 y 30 estos mecanismos se han decantado considerablemente, de tal manera que la difusión sólo parece tener dos únicos puntos de surgencia: la posibilidad orientalista (**ex Oriente lux**), corriente hiperdifusora de larga tradición ya en la Prehistoria y Arqueología, y la posibilidad centroeuropea, con connotaciones muy específicas que serán recogidas con especial empeño por doctrinas y movimientos ideológicos muy concretos.

El uso de tal mecanismo explicativo ha pasado a significar una auténtica dicotomía opositiva, y si cabe maniqueista, entre **culturas capaces de generar innovaciones**, frente a **culturas incapaces de generar tales innovaciones**, pero en cambio, sí de aceptarlas, o lo que viene a ser lo mismo, **culturas superiores** o **culturas primarias** frente a **culturas inferiores** o **culturas secundarias**, que equivale a establecer un rango jerárquico basado no en la complejidad cultural, sino en la capacidad de extensión de innovaciones. Lo que existe en el fondo en realidad no es más que una buena dosis de transformismo darwiniano no asimilado por completo, al entender la evolución cultural como la biológica, pero con una vuelta al monogenismo, en lugar de quedar abierta la puerta a posibilidades poligenéticas. Tal vez la crítica teórica a esta postura venga marcada por el rechazo

a la surgencia múltiple, es decir el uso desmesurado de este mecanismo cultural y una negación de la emergencia interna para todas las culturas. Otra debilidad que puede imputarse a este movimiento es también, sin duda alguna, el equívoco que existe entre cultura, como un todo y técnica. El último concepto no es más que un elemento cultural que por sí solo no define el todo. Con demasiada frecuencia una técnica ha etiquetado a toda una cultura, y ello podría parangonarse con el célebre anuncio de los años 40 «los rojos no usaban sombrero».

Pero en realidad las críticas al difusionismo no van sólo por ese camino, sino que la historia de las mentalidades podrá algún día mostrarnos cómo la crisis de las teorías difusionistas obedece a un rechazo global de las mismas, y no a lo que en sí significa la difusión, sino a lo que algunos teóricos del difusionismo trataron de presentar teñidas de una buena dosis ideológica. El uso del hiperdifusionismo a ultranza por Kossinna y su aprovechamiento por el nacional-socialismo a partir de sus orígenes, convierten esta teoría en una manipulación y en un arma de reacción, o si no la cita de éste a un discurso de Hitler de 1934, es bien elocuente:

«No debemos más a los romanos o a los griegos que a los galos o bretones y sus sucesores contemporáneos cualquier beneficio cultural por ellos disfrutado. No debemos avergonzarnos de nuestros ancestros, ni ellos de los suyos. Roma fue primero fundada por los germanos, con un alto nivel cultural, y haciendo justicia, no sólo Alemania, sino la Prehistoria europea y su investigación prueban que todos los pueblos europeos, son indoeuropeos»¹.

Pocos años antes de que se publicaran estas palabras a modo de prólogo el mismo Childe se muestra cauto respecto a las proporciones que el difusionismo había tomado y al uso que de tal mecanismo se estaba haciendo. A ese momento pertenecen sus críticas publicadas en 1933². La diferencia entre Kossinna y Childe residía fundamentalmente en la identificación de **grupo cultural** con **grupo étnico**, y no en el modo de explicar el fenómeno del cambio cultural. Sin apartarse del difusionismo, Childe modificaba parcialmente sus tesis dulcificándolas por contacto con el marxismo a través de los prehistoriadores soviéticos que le fascinaron en la década de los años 30 y con el funcionalismo de los 40 de tal manera que en 1950, puede decir:

«La difusión de la cultura que trazan los arqueólogos puede tener lugar por migración de todo un grupo social, pero esto es sólo un mecanismo. La difusión puede afectar sin movimientos de población... La expansión de una cultura puede trazarse a través de medios arqueológicos, pero no implica, sin embargo, de un modo necesario, la expansión del pueblo que primitivamente la creó. No obstante no existe evidencia válida para definir movimientos de pueblos»³.

De esta situación hiperdifusionista se ha pasado a un movimiento de signo contrario,

¹ G. KOSSINNA, *Die deutsche Vorgeschichte, eine hervorragende nationale Wissenschaft*, Leipzig, 1941, III (apud C. RENFREW, *Problems in European Prehistory*, Edinburgh, 1979, p. 6).

² V. G. CHILDE, «Peoples and cultures in prehistoric Europe», *History*, 18, 1933, pp. 193-203; id., «Is Prehistory practical?», *Antiquity*, 7, 1933, pp. 410-418; B. TRIGGERS, *Gordon Childe. Revolutions in Prehistory*, Londres, 1980, p. 91 (Existe traducción española, Barcelona, 1982).

³ V. G. CHILDE, *Prehistoric migrations in Europe*, Londres, 1950, p. 1.

algo radicalmente opuesto, pendular y modal, al negar la posibilidad de explicar el cambio en una cultura por la llegada a ella de estímulos nuevos procedentes de otra. Pasar a hablar de todo lo contrario y condenar a la difusión a la cámara de los horrores por algunos de sus usos y abusos, no es una actividad enteramente justa. El problema no estriba en la negación del **contacto entre culturas**, sino en el abuso del término y en el escolasticismo que tal término creó al constituir más que un mecanismo en sí, una etiqueta. El simple hecho de eliminar el **-ismo** y sus implicaciones doctrinales para mantener el hecho del contacto entre culturas suavizaría las posturas y sería trascendental para romper la oposición entre **evolucionistas** y **difusionistas** todavía existente en la terminología arqueológica. En la reciente bibliografía arqueológica, **difusionismo** es sinónimo de recuerdo y pasa a ser relegado al cajón de los recuerdos en las introducciones, como algo olvidado e incluso olvidable.

Al movimiento de relegación de la difusión ha contribuido en gran manera la revolución tecnológica que se ha instalado en los límites de la Arqueología en las últimas décadas, fundamentalmente a partir del uso de cronologías absolutas. El radiocarbono y las calibraciones del mismo han supuesto la caída de cronologías basadas en paralelos formales y en la difusión desde **culturas superiores** hacia **inferiores**. Sin embargo esta ruptura de las cronologías clásicas no es óbice para desterrar el mecanismo cultural y como tal no puede dejar de tomarse en cuenta, porque existe dentro de las «leyes culturales», un «título» denominado como se quiera denominar que explica la convergencia de comportamientos culturales y de similitudes materiales que hace olvidar todo lo que de peiorativo pudiera tener el **difusionismo**. No todo cambio cultural puede explicarse por emergencias internas evolucionadas **in situ**, sino que otros habrá que explicarlos por **contacto**⁴, y si el concepto de **contacto cultural** expresa sin lastre de ningún tipo todo lo que encerraba **difusión** por poseer tal vez un mayor campo semántico, habrá que utilizar **contacto** y olvidar **difusión**. Pero evidentemente el problema, como la solución no es simplemente nominalista, sino que conviene replantearlo desde la raíz, y desde la misma epistemología del hecho cultural y del arqueológico.

Un aspecto que se olvida con frecuencia en la actualidad es que mediante el **contacto** se explican fenómenos de **comunicación** y **transmisión** de contenidos culturales tales como un artefacto, un conjunto de artefactos, un **corpus** tecnológico, o cualquier otro elemento funcional o simbólico, tanto a nivel tangible, como a nivel de ideas. El mismo mecanismo que observamos en la actualidad pudiera modelarse y aplicarse al subsistema de la cultura material de momentos anteriores. El propósito de esta nota no es más que una serie de reflexiones sobre algo mucho más amplio como es el hecho del **cambio cultural** y su captación a través de la epistemología arqueológica y aprovechar para ello la riqueza conceptual que ofrece un cuerpo teórico como la Teoría General de los Sistemas. El punto de arranque de todo el planteamiento nace de la consideración de cultura, en cuanto sistema⁵, es decir equiparar una cultura con un sistema con subsistemas, y en

⁴ B. ORNE, *Anthropology for archaeologists*, Londres, 1981, pp. 166 ss.

⁵ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology*, Londres (1978, 2.º), p. 42, 101; L. BINFORD, «Pleistocene adaptations», *New perspectives in Archeology* (S. R. BINFORD y L. R. BINFORD eds.7), 1968, p. 329; C. RENFREW, *The emergence for Civilisation*, Londres, 1972, p. 19.

cualquier sistema existe un mecanismo de **regulación**, cuya misión es **mantener abierto** el sistema. Una de las regulaciones que ha de realizar es su apertura a fin de conseguir un intercambio de información, materia y energía. El **cambio** se ve favorecido por esta propiedad del sistema.

El cambio es susceptible de ser observado de modo empírico al medir las oscilaciones cuantitativas y cualitativas en la composición de los elementos que conforman los distintos subsistemas durante al menos dos momentos de su discurso temporal⁶.

El punto de partida de la epistemología arqueológica ayuda también a clarificar algunos aspectos. Si la cultura material es el reflejo fósil de una actividad o conjunto de actividades humanas, cualquier cambio en esos comportamientos humanos podrán evidenciarse a través del registro fósil de la arqueología, y todas las relaciones entre los elementos del sistema quedarán registrados en esa **caja negra**, de tal manera, que en el caso del combustible empleado en la cocina, por poner un ejemplo de cambio muy próximo a nosotros, genera relaciones distintas dentro de la sociedad, y paralelamente nuevos objetos, es decir, los cambios observados en la morfología, composición cuantitativa y cualitativa de los artefactos, los denominados **atributos intrínsecos**, más los **extrínsecos** (función, espacio, tiempo)⁷ están transmitiendo información de un cambio en las relaciones de los restantes subsistemas del sistema socio-cultural.

Pero la anterior consideración de índole epistemológica no es suficiente si no tenemos en cuenta una de las propiedades de los sistemas abiertos, la capacidad de **recibir, guardar en memoria, transmitir información**. Es lo que lleva a Clarke a la consideración de cultura como **sistema de información**⁸, de donde arrancan una serie de relaciones entre el sistema y el origen de la información. Existirían para él unas relaciones **adaptativas/no adaptativas** cuando el estímulo procede del medio ambiente (ecosistema). El primer caso, adaptación, supone una respuesta favorable; en el segundo una incapacidad que puede llevar a un disloque de las relaciones en el interior mismo del sistema. Son relaciones eminentemente ecológicas.

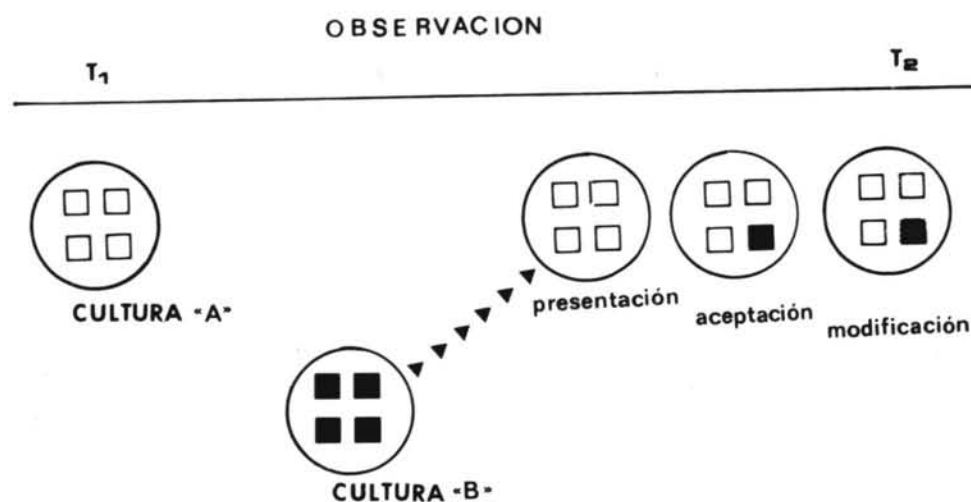
El segundo grupo de relaciones informativas ya son culturales, y las respuestas a esos estímulos culturales vienen marcadas por **aceptación/rechazo**. Existen otras diferencias que arrancan del punto de emergencia de la información: dentro de los límites del sistema cuando se trata de una innovación, la aparición de propiedades nuevas por coacción de las otras partes del sistema, o bien cuando la emergencia, innovación o invención, procede de otro sistema socio-cultural. No importa el modo de la surgencia, bien sea un **stress**, un logro sistemático o un descubrimiento casual (la diferencia entre **eurisko** e **invento**). Ambos casos implican evidentemente **cambio**, modificaciones en las relaciones, y también, en ambos casos, implican la existencia de **contactos**, de **difusión**. Si

⁶ R. NISBET, «El problema del cambio social», en NISBET, R., KUHN, Th., WHITE, L. y otros, *Cambio social* (Madrid, 1979), p. 12; C. RENFREW, *The emergence...*, op. cit., p. 13; F. PLOG, *The study of prehistoric change*, Academic Press, 1974; C. RENFREW (ed), *The explanation of culture change. Models in Prehistory*, Londres, 1973.

⁷ J. C. GARDIN, *Archaeological constructs. An aspect of Theoretical Archaeology*, Cambridge, 1980, p. 65.

⁸ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology*, op. cit., p. 88.

se relaciona la emergencia en un sistema dado será preciso un proceso difusor para que la innovación se propague en unas direcciones del núcleo hacia la periferia de ese sistema mediante toda una tipología de mecanismos de la información interna del sistema. Pero caso de que la innovación proceda de un sistema ajeno al que tenemos bajo observación, será preciso esperar que se produzca el contacto, la recepción de la novedad para pasar luego a una redistribución interna, de tal manera que pueden señalarse tres fases en el proceso difusor (fig. 1):



(Figura 1)

a) Emergencia de la innovación en el sistema **A**. La innovación debe pasar la barrera más o menos permeable del sistema **B**. Fase de **presentación**.

b) Redistribución, no necesariamente homogénea, dentro de los límites del sistema **B**. Fase de **aceptación**.

c) Una vez redistribuido y totalmente aceptado, pueden aplicarse al elemento introducido variaciones de tipo funcional, o de tipo estilístico. Fase de **modificación**.

Para explicar la permeabilidad durante el contacto es preciso tener en cuenta el **placet** cultural que la innovación exterior ha de recibir en la «barrera aduanera». Una vez aceptado es posible que la información introducida suponga para ese sistema **progreso** (variedad nueva), una variedad **alternativa** (variedad disyuntiva), **redundancia** (variedad ya presente) o **equivocación** (variedad contradictoria), o por otra parte, una cerra-

zón del sistema a la información exterior, lo que implica, lógicamente, **rechazo** ⁹.

Para la observación del proceso de recepción o rechazo de la información es preciso no olvidar ni la tipología del elemento, idea, o conjunto de elementos o ideas que constituyen el núcleo del contacto y también las actitudes psicológicas del sistema receptor. En primer lugar la composición porcentual entre elementos funcionales e idiosincráticos ¹⁰ puede incidir en el grado de aceptación diferencial por determinados sectores subculturales del sistema, o bien el hecho de aceptar redundancias en los momentos que siguen a la primera introducción del elemento (en un ejemplo actual, un automóvil de importación supone una redundancia, pero es adoptado por una determinada subcultura como símbolo de rango social y económico por el mero hecho de su exotismo) de tal manera que en ciertos casos la difusión del elemento es jerarquizante antes de que llegue a popularizarse o en el ejemplo anterior a hacerse más asequible al resto de la sociedad. El uso de elementos importados, exóticos, producto de contacto permite la observación de sectores sociales a través de la cultura material ¹¹. Exotismo y lujo, aunque no sean términos sinónimos, sirven para medir la capacidad económica de un sector social y por tanto un síntoma de rango jerárquico.

La psicología del sistema receptor juega un papel de primer orden. Existen sistemas más conservadores (o subculturas más conservadoras) en cuyo caso se muestran poco propicias a la recepción de novedades por aquello que de contradicción pudiera tener en relación a los patrones de comportamiento, por xenofobia o por dictados que emanan de los subsistemas psicológico y religioso o simbólico ¹². Por el contrario se pueden advertir otros sistemas socio-culturales más proclives al cambio (o subculturas), por lo que de novedad supone el elemento introducido por su tecnología y la revolución que inicia en crear un mayor **confort** ¹³ o porque la redundancia del elemento contribuye a afianzar e instalar de un modo definitivo a este sistema en el sistema, o bien porque se trate de relativizar cualquier posible contradicción existente entre los contenidos psicológicos y religiosos u otras normas de comportamiento. Esta última actividad favorece la presencia de complejidad en el seno del sistema, la apertura, mientras que la primera reduce el campo de la complejidad y puede conducir a la insularización del sistema. En ciertos casos la subcultura receptora puede actuar como filtro del elemento, por tanto como intermediario para dar lugar a una redistribución restringida y sectorial del elemento o conjunto de elementos.

Pero en un proceso de difusión o de contacto no interesan tanto los elementos difundidos o que evidencian el contacto como el contacto en sí. La hipótesis de existencia de una difusión llevaría no a la descripción analítica de las regularidades de los compo-

⁹ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology*, op. cit., p. 89.

¹⁰ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology*, op. cit., p. 161; G. ISAAC, «Early phases of human behaviour: models in Lower Paleolithic archaeology», *Models in Archaeology*, D. L. CLARKE ed. 1972, p. 167.

¹¹ C. RENFREW, «Trade and culture process in European Prehistory», en *Problems in European Prehistory*, Edinbourg, 1979, p. 23.

¹² W. OGBURN, «Inmovilidad y persistencia en la sociedad», en NISBET, R. y otros, *Cambio Social*, op. cit., p. 52 ss.; G. ISAAC, «Early phases...», op. cit., p. 176.

¹³ RENFREW, C, «Trade and culture», op. cit., p. 25.

nentes materiales de ambas culturas mediante las analogías o paralelos entre ellas, sino a señalar de qué manera se ha producido esa tendencia a la regularidad y a explicar el proceso de convergencia. La evidencia de difusión puede implicar la existencia de variadas motivaciones:

1. Comportamientos paralelos en el uso de elementos materiales paralelos.
2. Un aumento en la similitud de los atributos de los artefactos o en los artefactos mismos puede significar por una parte mimetismo en comportamientos y artefactos, pero también exhibición de artefactos y mantenimiento de comportamientos anteriores.
3. Ante el riesgo de dislocación del sistema por relaciones informativas de **no adaptación** con el ecosistema pueden aceptarse un número mayor de innovaciones procedentes del exterior, sobre todo en materia de tecnología, o por el contrario a cerrarse, pudiendo llegar a constituir una **subcultura residual** ¹⁴.
4. Puede existir un contacto entre sistemas permanentes con independencia del conservadurismo/progresismo de la sociedad receptora y de la existencia de relaciones comerciales que no es más que un flujo de regulación constante entre sistemas donantes y receptores o difusión **démica**.
5. En ciertos casos la difusión puede venir impuesta por el sistema emisor, en cuyo caso puede denominarse **difusión controlada** como sinónimo de colonización, que tiene una connotación intencional y muchas veces generada en un lugar alejado del receptor ¹⁵, frente a la **démica** que no significa en modo alguno control ni manipulación de los elementos que formalizan el contacto, sino que aparece como algo natural, lento, a cortas distancias como una mancha de aceite. Los únicos límites a esta **ola de avance** como la denominan Ammerman y Cavalli-Sforza serían límites o barreras de tipo físico o de sistemas cerrados, mientras que en el primer caso el control del contacto llega a implicar incluso el empleo de la fuerza de tal modo que guerra de conquista e intrusión bélica puede ser el punto de partida de sucesivas oleadas innovadoras en las restantes partes del sistema ¹⁶.
6. Cuando se trata de una difusión en la que medie el empleo de la violencia bélica ha de ser contrastada por medio de una serie de factores que surjan como respuesta cultural del sistema: fortificaciones, aumento de instrumental bélico, mayor mortalidad en masa y diferencia masculina en las necrópolis; contracción de los núcleos de habitación, relación de los mismos, etc. ¹⁷.
7. El problema de las migraciones tan clásico en la bibliografía arqueológica puede incluirse en el apartado anterior o cuando no se trata de una intrusión debida a guerra de conquista, a regulaciones demográficas de un sistema hacia otro cuando la capacidad de subsistencia por disparo de la curva demográfica en relación de

¹⁴ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology...*, op. cit., p. 249.

¹⁵ A. J. AMMERMAN y L. L. CAVALLI-SFORZA, «A population model for the diffusion of early farming in Europe», *The explanation of culture change*, C. RENFREW ed., p. 243 ss.

¹⁶ D. L. CLARKE, *Analytical Archaeology...*, op. cit., p. 419.

¹⁷ M. J. ROWLANDS, «Defence: a factor in the organization of settlements», *Man, settlement and urbanism*, P. UCKO, R. TRINGAM y G. DIMBLEBY eds., Londres, 1972, p. 447; J. HILL, «The methodological debate in contemporary archaeology: a model», *Models in Archaeology*, D. CLARKE ed., 1972, p. 81.

los alimentos se produce. La hipotética intrusión de elementos étnicos nuevos mediante cualquiera de los dos mecanismos anteriores podrá probarse empíricamente a través del análisis de los caracteres físicos hallados en las necrópolis. Generalmente formarán grupos compactos, minoritarios, muy cerrados y aislados tanto al comienzo de su instalación como al final, siempre que no se haya realizado una fusión entre ambos grupos raciales. Pueden llegar a convertirse en élites dominantes o por el contrario minorías apartadas con un equipamiento material característico.

Desde la consideración de cultura como sistema es imposible negar la existencia de la difusión, lo mismo que la invención múltiple como mecanismo estructuralmente opuesto. Ambas posibilidades son dos modos de emergencia de propiedades nuevas en el interior de un sistema. Pero además la diferencia entre invención múltiple y difusión en realidad es inexistente desde el punto de vista de la clásica oposición de ambos conceptos y reside tan sólo en el aspecto locativo de la emergencia, ya que incluso la invención lleva consigo implícita un proceso de difusión interna dentro del propio sistema en que ha surgido. Ambos aspectos, pues, no son opuestos sino complementarios entre sí.

Los **altos centros de civilización** de los que habla Childe no serán sistemas jerárquicos de la cultura y por esa razón centros generadores de difusión, sino sistemas más complejos en un grado de evolución cultural producto de esa misma complejidad, con soporte social más amplio y con una coordinación a nivel de estados que implica en muchos casos aperturas de carácter comercial, origen de muchos de los contactos culturales considerados como auténticas misiones colonizadoras¹⁸. Otras veces no es más que la grave confusión existente aún entre cultura y civilización usados como sinónimos¹⁹.

Podemos sintetizar las anteriores reflexiones sobre el concepto de difusión como una relación entre sistemas de emergencias que pueden producir cambios, o una distribución de ellas dentro de los mismos. El mismo hecho de la cultura humana y sus características (evolución, herencia generacional, el hecho de poder compartirse por varias sociedades, o la misma variedad existente) posibilita, sostiene y mantiene la difusión mediante contactos normales, pacíficos, intencionados o violentos de artefactos, conjuntos de artefactos, e ideas de un sistema a otro. Difusión no implica tan sólo un elemento de interpretación histórica, sino un mecanismo del proceso cultural, y un factor del cambio.

El análisis de la difusión espacial de productos, de artefactos o de conjuntos, es algo a lo que se han dedicado importantes trabajos y uno de los temas más sugerentes dentro de la actual problemática arqueológica, tanto desde el punto de vista teórico, como desde el de la explicación de fenómenos de tipo comercial al que

¹⁸ C. RENFREW, «Trade and culture», op. cit., p. 27 ss.; sobre colonialismo y su crítica, id., «Colonialism and megalithism», *Problems in European Prehistory*, p. 265, concretamente a los trabajos de B. Blance y al concepto de «colonias».

¹⁹ C. RENFREW, *The emergence...*, op. cit., p. 3.

Renfrew ha dedicado un buen número de trabajos con un análisis muy próximo al de la Geografía quien en definitiva ha prestado sus modelos²⁰.

Pero el mecanismo difusor no es exclusivo de contactos entre sistemas en cuanto culturas, sino válido igualmente para comprender el trasvase de comportamientos y de cultura material (artefactos, tipos, conjuntos de tipos) de una subcultura a otra²¹.

Ya redactado este trabajo hemos tenido conocimiento de un trabajo de Voltes Bou²² en donde trata el problema de la difusión dentro de la perspectiva sistemática.

²⁰ I. HODDER y C. ORTON, *Spatial analysis in archaeology*, Cambridge, 1976, p. 98; P. HAGGETT, *Análisis locacional en Geografía humana*, Barcelona, 1976, p. 74 ss., en donde resume los modelos de difusión, los inductivos de Hågerstrand; los estocásticos, tipo Monte Carlo. I. HODDER, «Social organisation and human interaction: the development of some tentative hypothesis in terms of material culture», en *The spatial organisation of culture*, I, HODDER ed. Londres, 1978, p. 246 ss., donde señala entre las barreras a la difusión las físicas y geográficas; la identidad del grupo; el lenguaje; la política, mientras que los incentivos al contacto los agrupa dentro de migraciones masivas e invasiones, comercio, movimientos estacionales y comercio de bienes de prestigio.

²¹ E. CERRILLO, «El concepto de subcultura y su aplicación en Arqueología», II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia (en prensa).

²² P. BOU VOLTES, *Nuevos criterios auxiliares para el análisis histórico*. Agradezco al Prof. Rodríguez de las Heras el darme a conocer dicho trabajo antes de su publicación.